

## RESEÑAS DE LIBROS

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea, 1865-2008*, Madrid, Alianza editorial, 2009, 447 pp.

Las protestas estudiantiles en España han sido objeto ya de bastante atención por parte de la historiografía española, aunque es cierto que la misma se ha dirigido sobre todo a la última gran etapa de agitación más cercana a nosotros, es decir, la ocurrida durante la Dictadura franquista (cabría evocar, entre otros, los trabajos de Álvarez Cobelas, de Ruiz Carnicer, Hernández Sandoica), aunque en este libro se hace patente que el movimiento estudiantil en el final de los años veinte y durante la II República también ha sido bastante estudiado (caso de Sh. Ben-Ami, Mancebo Alonso, Varela González o el propio autor).

El estudio de González Calleja, sin embargo, se propone abarcar la evolución completa, en España, de este importante movimiento social desde sus orígenes conocidos, en 1865, hasta las movilizaciones más recientes en

contra del sistema europeo de educación superior o Plan Bolonia. El estudio parte de la constatación de que el inconformismo juvenil no constituye algo nuevo, sino más bien un dato permanente en relación con la peculiar posición que ocupa el segmento juvenil en la sociedad, si bien la aparición de un activismo juvenil específico en el contexto europeo cabría fecharlo en el último tercio del siglo XVIII, cuando se registra un gran protagonismo de los jóvenes en las revoluciones y guerras de aquella etapa. Estas periódicas irrupciones de los jóvenes en el escenario político harían mella en la propia sociedad y en los Estados bajo la forma de la creación de asociaciones que buscaban encuadrar a los jóvenes, o de políticas de juventud, ya en la segunda posguerra mundial.

Pero hay que llamar la atención del lector, además, sobre el capítulo I (pp. 21-53), donde desarrolla unas «Consideraciones teóricas sobre los modos conflictivos de participación política de la juventud», que son de lo más sugestivo, ya que el autor establece un marco interpretativo amplio para situar su tema de estudio mucho

más allá de convenciones establecidas, como la de conflicto generacional. Como bien señala, resulta muy difícil establecer cuándo va a entrar en escena una generación política, esto es, de un grupo de edad que rechaza el orden existente, que se organiza para actuar y que trata de reorientar el curso de la política, así como su propia misión en la sociedad, dando así forma y sentido a un movimiento social juvenil. Este capítulo introductorio finaliza con una propuesta de tipología de las movilizaciones estudiantiles en la España contemporánea, de aplicación a su estudio.

Aunque la entrada de los jóvenes universitarios españoles en el escenario público fue tardío, no ocurriendo hasta la década de 1860, no obstante, las acciones que se llevaron a cabo contra el gobierno Narváez por su política universitaria y otras posteriores no pueden entenderse sin tener en cuenta el tipo de protesta propio del Antiguo Régimen que había prevalecido hasta entonces —la turba estudiantil, relacionada con la defensa del status estamental y corporativo de los colegiales—, algunos de cuyos componentes no van a extinguirse del todo, contaminando a veces la contestación política, social o cultural que va a empezar a producirse en determinados momentos, como este de la Noche de San Daniel, o los alborotos posteriores —1884—, de la Santa Isabel, así como otros que se relacionan en el libro pero que no van a detallarse aquí.

El asociacionismo escolar fue muy escaso hasta la década de 1920, aunque jugó un cierto papel en el recrudecimiento del conflicto estudiantil en los primeros años de la nueva centuria, muy en relación con el movimiento secularizador o con la aparición de nuevas corrientes políticas como el catalanismo o el nuevo republicanismo. El autor pone el acento particularmente en los tumultos ocurridos en Madrid a partir del 31 de enero de 1901 (estreno de *Electra*, de Pérez Galdós, aunque también concurren otros sucesos), que constituirían un excelente ejemplo de la dinámica propia de la manifestación tumultuaria. También en la coyuntura del cambio de siglo nacería el movimiento de la Unión escolar, tan vinculado al regeneracionismo y que prepararía el camino, ya a finales de la primera década, a la celebración de los primeros congresos nacionales escolares en los que se plasmó la disociación ideológica entre estudiantes liberales y clericales.

En vísperas del golpe de Estado de Primo, la partida parecían ir ganándola las asociaciones católicas, y con el apoyo del dictador, el clericalismo lograría una posición de privilegio en la Universidad española durante la nueva etapa autoritaria. Pero también iba a estimular la toma de conciencia cívica por parte de las asociaciones oficiales escolares no confesionales dentro de las cuales hallará cobijo una aspiración general a contribuir a la renovación de la Universidad como proemio

a la democratización y republicanización del país. Es conocido que en ese proceso, iban a jugar un decisivo papel organizaciones como la FUE (Federación Universitaria Escolar) y la UFEH (Unión Federal de Estudiantes Hispanos) que socializaron a los estudiantes de una forma independiente y les facilitaron la adquisición de una identidad propia en la que el rechazo activo y militante del autoritarismo del régimen y de la propia monarquía que lo sustentaba iba a entrar como un componente muy importante. En estas movilizaciones, y las que seguirían durante los años treinta, se produjo un cambio de bastante importancia, y es que desapareció el cariz tumultuario de los conflictos y se consolidó un repertorio de la protesta basado en la huelga indefinida o limitada, las asambleas y la distribución de periódicos y panfletos.

La FUE se convertiría, ya en los años 30 y con el apoyo del Gobierno provisional en la asociación oficial de los estudiantes, cuya representación ostentaba en las juntas de facultad, claustros generales y juntas de gobierno. Este status privilegiado auguraba unas perspectivas muy prometedoras, si bien este monopolio iba a ser pronto contestado de manera muy eficaz por organizaciones de signo católico, tradicionalista o fascista que centraron su propaganda en acusar a los fueístas de sectarismo y oficialismo. Los altercados, asaltos a las respectivas sedes y los incidentes de todo tipo en-

tre estudiantes de distinto signo iban a menudear en estos años iniciales de la República, sin comprometer todavía el monopolio de la FUE, aunque éste comenzó a resquebrajarse debido al empuje de sus adversarios a partir del curso 1932-1933, y a las luchas de poder internas para hacerse con el control de la UFEH (así, la actuación del grupo comunista del BEOR). Todo ello no sería sino el preámbulo de la lucha violenta por el control de la Universidad, desarrollada entre 1934 y 1936, años en que tuvo lugar el reflujó de la FUE, coincidente con la fundación del Sindicato Español Universitario y con lo que el doctor Marañón definió como una verdadera «fascistización» de las aulas, jalonada por el paso de la violencia tumultuaria estudiantil a un auténtico pistolerismo profesional.

El movimiento estudiantil bajo la dictadura franquista, partió del monopolio indiscutido del SEU en las aulas, disolviendo al resto de las asociaciones estudiantiles y del esfuerzo por mantener emocionalmente, el estado de guerra en la Universidad recurriendo al matonismo fascista. Con ello, además, se buscaba preservar y reproducir el espíritu de milicia del SEU originario intentando eludir una cómoda asimilación en las estructuras del régimen de la generación fundacional. No obstante, la Ley de Ordenación Universitaria de 1943, si bien consagró esa preponderancia del SEU, también trajo consigo un fuerte desgaste para la organización, pronto convertida en

una simple rama de la burocracia franquista.

La aparición de un movimiento estudiantil democrático a partir de los sucesos de mediados de los 50, en Madrid, evidenció que el SEU empezaba a perder el control sobre la masa estudiantil y a pesar de ciertas concesiones en lo que respecta a la elección de representantes, la protesta y el enfrentamiento cuajarían en los sucesos madrileños de febrero de 1956, tras un ensayo de elecciones libres que se volvió en contra del SEU y del asalto, el 7 de febrero, al edificio de San Bernardo por una centuria de miembros de la Guardia de Franco. La actuación del sindicato falangista ya fue calificada entonces como «suicidio político». La desproporcionada reacción del régimen profundizó en el desencuentro de los estudiantes respecto de la dictadura y sus representantes en la Universidad, contribuyendo a hacer de este conflicto un problema político de primera magnitud. De hecho, afirma González Calleja que dichos sucesos propiciaron la aparición de una nueva oposición democrática que fue el precedente directo de los grupos que tuvieron en sus manos la Transición a la Democracia en los años setenta.

Lo ocurrido entre 1960 y 1976 es la materia a la que el autor dedica más atención en el libro, discriminando una primera fase en que, gracias sobre todo a la FUDE, se consolidó la primera red de oposición unificada a escala nacional. Y se detiene en lo ocurrido

en Madrid en la segunda mitad de febrero de 1965, que supuso un nuevo punto de no retorno en la historia del movimiento estudiantil antifranquista y llevó al Gobierno a poner en marcha, junto a una severa represión, la liquidación en la práctica del SEU, sustituido por las inoperantes y efímeras APE. Se abrió, a contar desde entonces, un periodo de revuelta permanente, de crisis endémica dentro de la Universidad. Ahora bien, en ello intervinieron también otros cambios, como los ocurridos en la propia Universidad, que estaba pasando de ser una institución de elite a otra de masas, o el componente, del movimiento, de rebeldía generacional contra unos padres que se habían alineado con Franco en la guerra o habían aceptado de buen grado su régimen. En todo caso, esta movilización acarrió una fuerte politización de los estudiantes, y la imposición progresiva de una cultura de la ciudadanía, ayudada por la diversificación de los motivos de protesta y de los repertorios de la misma. Un movimiento estudiantil, en fin, que pese a sus similitudes, mantuvo peculiaridades marcadas respecto de sus homólogos del mundo occidental.

La celebración, en el convento de capuchinos de Sarriá, en marzo de 1966, de la asamblea constituyente del SDEUB, abrió en la Universidad de Barcelona un estado de convulsión casi permanente a pesar de los intentos gubernamentales de potenciar a las asociaciones profesionales

de estudiantes, dirigidas por Ortega Escós. Este postrer fracaso del sindicalismo oficial serviría de estímulo para la extensión de los sindicatos democráticos al resto de los distritos universitarios (en Madrid, en abril de 1967), enlazados entre sí a través de Reuniones nacionales coordinadoras. Además, este revitalizado movimiento estudiantil posibilitó, a través de su mecánica asamblearia, la práctica de las libertades, así como la definición de identidades políticas diferenciadas, junto con otras de sesgo ácrata y anti-organizativo, proclives a métodos de acción violentos. Como respuesta, el régimen endureció en grado sumo la represión y adoptó diversas disposiciones para controlar más a los alumnos y para privar a los díscolos de determinados beneficios en los exámenes o en el servicio militar.

Fue en los años finales de la década de 1960 cuando el movimiento estudiantil español alcanzó su clímax, bajo la influencia, no sólo de factores domésticos, sino también internacionales, como los nuevos repertorios de protesta que estaban siendo ensayados en las universidades europeas y americanas y la carga antiautoritaria y utópica de la contracultura. Sin embargo, los antagonismos internos entre grupos radicales para hacerse con el respaldo estudiantil, el enfrentamiento creciente con las instituciones represivas, y el cambio de táctica del nuevo ministro de Educación, Villar Palasí, acabaron limitando la capacidad de

acción del movimiento e hicieron cundir el desánimo. Resulta significativo lo que apunta González Calleja acerca de que en octubre de 1968 el SDEUB había prácticamente dejado de existir, ocupando su espacio grupúsculos influenciados por el Mayo francés.

La declaración de estado de excepción, el 24 de enero de 1969, y una recrudescida represión bien patentizada en el asesinato de Enrique Ruano, supusieron en este sentido un golpe muy duro para el movimiento, canalizado hasta entonces a través de los SDEU, siendo desplazado por grupos políticos radicales y por el predominio del asambleísmo y el activismo, en detrimento de la elección pautada de representantes sindicales y de una gestión encaminada al diálogo con las autoridades académicas. La radicalización de la protesta en detrimento de fórmulas organizativas de carácter democrático tendió a desmotivar a una gran parte de los estudiantes. No obstante, este declive del movimiento se hizo sobre todo notorio a partir del curso 1972-1973, como consecuencia de la dura represión y del giro contrarreformista en la aplicación de la Ley General de Educación, tras el cese de Villar Palasí, un giro que se acentuó con la llegada al Ministerio, en junio de 1973, de Julio Rodríguez.

Aún se produciría, de todos modos, un rebrotar del movimiento, con la aplicación del decreto de 17 de octubre de 1974 de su sucesor, Cruz Martínez Esteruelas, que respondía al

aperturismo recogido en el espíritu del 12 de febrero del mismo año. Pues bien, esa línea más liberalizadora iba a facilitar una actividad mayor de los partidos presentes en la Universidad, confrontados a su vez entre sí. El paro motivado por el cierre de la Universidad de Valladolid, en febrero de 1975, señaló el momento culminante de esta renacida movilización que, de todos modos, se hallaba cada vez más condicionada por la estrategia de la Junta Democrática de España. Por ello, su última gran batalla se produciría entre diciembre de 1975 y marzo de 1976, con el objetivo puesto en el derrocamiento del régimen a través de la ruptura democrática.

El libro finaliza con un epílogo acerca de la evolución de la protesta estudiantil en un contexto democrático, entre 1977 y 2008, en que, paradójicamente, la desaparición de los factores que durante la Dictadura habían limitado la acción colectiva, influyó en una clara desmovilización de los estudiantes. Bien es cierto que todavía las protestas anti-LAU (Ley de Autonomía Universitaria), de UCD, en el curso 1979-1980, mostraron elementos de continuidad con el movimiento antifranquista de la década anterior, pero pronto el desencanto y el pasotismo tendieron a restar atractivos a un movimiento que sólo podía ya discurrir por unos cauces reformistas. Con todo, la protesta, centrada más en cuestiones de tipo corporativo activadas por la legislación educativa

del PSOE, se reactivaría en el curso 1986-1987, impulsada por el Sindicato de Estudiantes, aunque dichas protestas se explicarían también por la frustración de los jóvenes contra un poder controlado por la generación anterior, la que había protagonizado los conflictos escolares de las décadas de 1950 y 1960. Desde comienzos de los 90, por otra parte, el compromiso social y político de los jóvenes tendió a desplegarse más a través de espacios informales vinculados a los Nuevos Movimientos Sociales y a las ONG, que a los cauces tradicionales de los partidos y sindicatos: el rechazo, por ejemplo, ya en la etapa del PP, contra la LOU de la ministra Del Castillo, se inspiró en las campañas del movimiento antiglobalización. El libro finaliza con el estudio de las recientes protestas en contra de la privatización y la mercantilización de los estudios que ciertos sectores estudiantiles han creído implícita en el diseño del Espacio Europeo de Educación Superior acordado en Bolonia en 1999.

RAFAEL SERRANO GARCÍA  
*Instituto de Historia Simancas*  
*(Universidad de Valladolid)*